

Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas
Anuario de Historia de América Latina

58 | 2021 | 315-349

Emmanuel Nicolás Kahan

Instituto en Humanidades y Ciencias Sociales -
CONICET/UNLP

**Revaluando el sionismo y la causa
palestina: Intelectuales argentinos frente
al conflicto árabe-israelí. Recepción y
debates durante la Guerra de los Seis Días
(1967)**



Except where otherwise noted, this article is licensed under a
Creative Commons Attribution 4.0 International license (CC BY 4.0)

<https://doi.org/10.15460/jbla.58.225>

Revaluando el sionismo y la causa palestina: Intelectuales argentinos frente al conflicto árabe-israelí. Recepción y debates durante la Guerra de los Seis Días (1967)

*Emmanuel Nicolás Kahan*¹

Resumen. - Una de las representaciones comúnmente sostenidas en torno a la década del sesenta del pasado siglo es la que consagra la figura del intelectual como uno de sus actores destacados. Las trayectorias, programas y posiciones de aquellas personalidades que animaron el debate público contemplando un escenario con diversas alternativas que propiciaban la “liberación” –ya sea internacional, nacional o individual– constituyó uno de los rasgos característicos del período. En el plano nacional, los estudios consagraron una figura del intelectual que se posicionó en torno a una agenda específica centrada en la redefinición del vínculo entre las izquierdas y el peronismo y la adopción de la lucha armada como una de las alternativas para la instauración de una sociedad más igualitaria al calor del impacto que tuviera la Revolución Cubana. Sin embargo, muchos de los intelectuales que participaron en esos debates –como tantos otros que no lo hicieron o, al menos, que no tuvieron reconocimiento público o académico posterior– también se posicionaron en torno a un universo más amplio de temas que, en aquel contexto, resultaron significativos. Por ejemplo, el conflicto árabe-israelí y las tensiones suscitadas en torno a la cuestión judía, la causa palestina y el sionismo. Este trabajo propone hacer un relevamiento de aquellas intervenciones intentado sopesar de qué modo los debates en torno a un conflicto extra-territorial constituyeron una plataforma en la cual vehicular posiciones en torno a la agenda política e intelectual de carácter nacional.

¹ Emmanuel Nicolás Kahan es Doctor en Historia y Magister en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata e investigador independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) y Profesor Adjunto de Teoría Política en el Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Brinda cursos de posgrado en diversas casas de estudio. Desde 2010 coordina el Núcleo de Estudios Judíos con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (NEJ-IDES).

Palabras clave: Argentina, Israel, Palestina, intelectuales, Guerra de los Seis Días.

Abstract. - One of the representations commonly held about the 1960's is the enshrinement of the public intellectual as one of the period's most prominent figures. The paths, programs and positions assumed by those personalities who encouraged the public debate, contemplating a stage with diverse alternatives to foster "liberation" (be it international, national or individual), was one of the period's characteristic traits. At the national level, most studies enshrined a certain figure of the public intellectual, defined by the positions assumed with regards to a specific agenda focused on issues such as the redefinition of the relationship between Peronism and the left; and—in the aftermath of the Cuban Revolution—the option for guerrilla warfare as a valid alternative in the struggle for a more egalitarian society. However, many of the intellectuals who participated in those debates—as well as many who did not, or at least never received much academic recognition—also took positions on a broader universe of topics, which were particularly significant in that historical context. Such was the case, for example, of the Arab-Israeli conflict and the tensions arising around the Palestine cause and Zionism. This paper proposes to draw a map of those interventions, trying to evaluate the ways in which these debates on an extra-territorial conflict became a platform for conveying positions that were in fact stemming from the political and intellectual agenda at the national level.

Keywords: Argentina, Israel, Palestine, Intellectuals, Six-Day War.

Presentación

Una de las representaciones comúnmente sostenidas en torno a la década del sesenta del pasado siglo es la que consagra la figura del intelectual como uno de sus actores destacados. Las trayectorias, programas y posiciones de aquellas personalidades que animaron el debate público contemplando un escenario con diversas alternativas que propiciaban la "liberación"—ya sea nacional o individual—constituyó uno de los rasgos característicos del período. Como sostiene Oscar Terán para el caso argentino, el impacto de la teoría del compromiso, de inspiración sartreana, interpelaba "hasta los silencios"

de quienes oficiaban como intérpretes de un contexto que aún cuando no fuera el elegido, los involucraba.²

Los trabajos que consagran a los intelectuales durante aquellos años, enfatizan sus trayectorias formativas así como las intervenciones en lo que pueden considerarse como los temas relevantes del período según los contextos nacionales e internacionales. A escala global los temas interpelaron los procesos de descolonización de Asia y África y los movimientos revolucionarios y de emancipación nacional, las luchas obrero-estudiantiles contra el orden social instituido, las proclamas contra la discriminación racial y las nuevas formas de liberación personal que pusieron en cuestión las lógicas de dominación del capital- desde el hippismo y la cultura rock hasta las manifestaciones por el reconocimiento de las disidencias sexuales y la autonomía de las mujeres, entre otras.³

Durante aquel período, el contexto argentino estuvo atravesado por una tensión singular –la experiencia peronista–, las alternativas para la lucha revolucionaria y una serie de debates que se vinculaban de diverso modo con la agenda transnacional. Beatriz Sarlo señala que aquellos intelectuales aspiraron no sólo a ser escuchados en la esfera pública, sino también a influir en el proceso político como guías, intérpretes o puntos de referencia ideológicos pues lo que aparentaba ser una lucha por la supremacía entre las facciones de las elites políticas, tenía su paralelo en la disputa por la dirección del campo intelectual.⁴ Como sugiere Silvia Sigal al referirse a los itinerarios intelectuales en la década del sesenta, durante este período comenzó a (auto)exigirse una fusión entre autor y obra bajo los designios de una idea dominante basada en la primacía de la política.⁵

Estos estudios consagraron una figura del intelectual que se posicionó en torno a una agenda específica y nacional centrada en la (re)definición del vínculo entre las izquierdas y el peronismo y la adopción de la lucha armada como una de las alternativas para la

² Oscar Terán, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1993, p. 22.

³ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, España: Crítica, 1995, pp. 322-345; Mark Kurlansky, 1968. *El año que conmocionó al mundo*, España: Destino, 2004.

⁴ Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires: Ariel, 2001, p. 102.

⁵ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Siglo XX, 1991, pp. 247-253.

instauración de una sociedad más igualitaria al calor del impacto que tuviera la Revolución Cubana.⁶ Sin embargo, muchos de los intelectuales que participaron en esos debates –como tantos otros que no o, al menos, que no tuvieron reconocimiento público o académico posterior– también se posicionaron en torno a un universo más amplio de temas que, en aquel contexto, resultaron significativos; por ejemplo, el conflicto árabe-israelí y las tensiones suscitadas en torno a la cuestión judía, la causa palestina y el sionismo.

Desde los días previos al inicio de la Guerra de los Seis Días, en mayo de 1967, se registraron diversas declaraciones del campo intelectual argentino que advertían sobre los peligros de una nueva contienda bélica y los riesgos de que la misma produjera acusaciones antisemitas en el país. Estas manifestaciones incluyeron a un amplio conjunto de actores que, sin embargo, no se posicionó unívocamente al respecto. Las filiaciones partidarias así como consideraciones de carácter étnico-identitario permearon las posiciones en torno al conflicto entre árabes e israelíes. No obstante, como el artículo pretende evidenciar, la constelación de intelectuales que se manifestó al respecto fue muy amplia: desde aquellos ligados a las organizaciones de izquierda –ya fueran políticas o culturales– así como incorporados a organizaciones étnico-nacionales o agencias estatales. El relevamiento de estos intelectuales se efectuó en función de las manifestaciones públicas que los mismos efectuaron a través de diversos medios: circulación de declaraciones conjuntas, entrevistas en periódicos y publicaciones de libros específicos sobre la temática.

Las páginas que siguen se proponen hacer un relevamiento de aquellas intervenciones en función de pensar qué otras dimensiones del escenario internacional movilizaron los debates en el plano local. Los intercambios en torno a la legitimidad del sionismo y la causa palestina permitirán advertir las múltiples dimensiones que interpelaba el desarrollo de un nuevo episodio bélico en Medio Oriente: aspectos identitarios, agendas políticas, trayectorias y posiciones al interior del campo intelectual argentino, entre otras. En ese sentido, el artículo intenta sopesar de qué modo los debates en torno a un conflicto extra-territorial constituyeron, a la vez, una plataforma en la cual vehicular posiciones en torno a la agenda política e intelectual de carácter

⁶ Carlos Altamirano, *Bajo el sino de las masas*, Buenos Aires: Ariel, 2001; Sarlo, *La batalla*; Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

nacional. A través del análisis específico de los debates que precipitó esta contienda, el artículo hipotetiza que la recepción de conflictos internacionales constituyen un escenario sobre el cual los actores introducen, también, sentidos, prácticas y representaciones en torno a la arena política local.

Perspectiva global y antecedentes previos del debate sobre la Guerra de los Seis Días

Eli Lederhendler señala que la Guerra de los Seis Días tuvo un impacto lacerante en el imaginario sobre el Estado de Israel que había circulado desde 1948: los estados nacionales redefinieron desde entonces sus relaciones con aquel Estado y las comunidades judías –no sólo ellas, también cristianas-árabes y musulmanes– acusaron el impacto. Estas representaciones se solaparon con una característica destacada, más homogénea, que tuvo la recepción de esta contienda en Medio Oriente: el inicio de un proceso de distanciamiento global por parte de las izquierdas respecto de Israel que lo ponderaban hasta entonces como un país pequeño en un contexto desfavorable, una experiencia nacional de quienes se identificaban como víctimas de numerosos e históricas persecuciones cuya experiencia más desgarradora había sido el Holocausto y como un estado-nacional que estaba desarrollando una serie de experiencias de comunidades agrícolas de carácter socialistas–el Kibutz.⁷

Efectivamente, la Guerra de los Seis Días precipitó una serie de debates que pusieron en cuestión algunas dimensiones del conflicto árabe-israelí: la legitimidad del sionismo, el carácter del antisemitismo, las consideraciones geopolíticas en torno a la función de Israel, las singularidades del nacionalismo árabe, la conformación de un égido de países no-alineados o tercermundistas y la emergencia de la “causa palestina” como una experiencia diferenciada. El amplio universo de temas nos permite advertir y matizar el juicio de Lederhendler acerca del distanciamiento de las izquierdas en función de comprender que la ruptura no fue radical, homogénea ni al instante. Incluso, tampoco se inició en junio de 1967 sino que muchos de los debates antecedieron a la guerra y, en todo caso, se amplificaron desde entonces. Como sostiene

⁷ Eli Lederhendler, *The Six-Day War and the World Jewry*, Rockville: University Press of Maryland, 2000, p. 11.

Paul Mendes, muchos judíos identificados con la izquierda eran críticos del Estado de Israel con antelación, otros tomaron distancia cuando la Guerra de los Seis Días y algunos se distanciaron de sus militancias partidarias para abrazar la causa sionista tras la guerra.⁸

Uno de los rasgos destacados fue la participación activa de intelectuales con diversas trayectorias en el debate sobre estos tópicos: Jean-Paul Sartre⁹, Isaac Deutscher¹⁰, Maxime Rodinson¹¹, Albert Memmi¹² y Raymond Aron¹³, por señalar algunos. Mientras que el filósofo francés sostenía que Occidente estaba en deuda con los judíos y, por lo tanto, debía sostener a Israel, Deutscher advertía que el signo de su identificación con lo judío pasaba por la solidaridad con los perseguidos y exterminados y la lucha por la emancipación de la humanidad. Para Memmi, la experiencia de los judíos era la de los oprimidos y perseguidos tanto en el pasado como en el presente y, por tanto, debían luchar en torno a su propia causa. Aron, por su parte, reparaba en la propia dinámica de la contienda bélica, en el contexto de la Guerra Fría, y advertía que sus resultados ponían en evidencia que Israel estaba siempre obligado a ganar en su contexto territorial pues una derrota significaría su muerte pero, a su vez, que los logros alcanzados en 1967 eran “el punto culminante de la victoria”.

Estas intervenciones establecieron los marcos interpretativos en torno de cómo atender la complejidad del conflicto árabe-israelí, la legitimidad –o no– de la causa sionista y los horizontes de las reivindicaciones palestinas. Los posicionamientos de estas figuras nos permiten ilustrar cuáles fueron las opciones disponibles para un amplio universo de actores que se sintió interpelado durante y a posteriori de este nuevo episodio bélico entre Israel y los países árabes. Como muestran los trabajos del Yair Auron, para Francia, y Michael Staub, para los Estados Unidos, la participación de militantes e intelectuales de izquierda estuvo signado por los debates en torno a Israel, el sionismo

⁸ Paul Mendes, *Jews and the Left*, United States, London: Palgrave & Macmillan, 2014.

⁹ Jean Paul Sartre, “Pour la verité”: *Les Temps Modernes*, 253 (1967), pp. 5-11.

¹⁰ Isaac Deutscher, *Los judíos no judíos*, Buenos Aires: Kikiyón, 1969.

¹¹ Maxime Rodinson, “Israël, fait colonial?": *Les Temps Modernes* (1967), pp. 17-89.

¹² Albert Memmi, *La liberación del judío*, Buenos Aires: Milá, 1988.

¹³ Raymond Aron, “La guerra es un camaleón”: *Raymond Aron, Sobre Clausewitz*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2005, pp. 103-108.

y la causa palestina, especial pero no inicialmente, desde la Guerra de los Seis Días.¹⁴

El carácter transnacional y destacado de estas polémicas puede advertirse en una serie de publicaciones, coloquios y documentos producidos en esos años. Por ejemplo, la revista francesa *Les Temps Modernes* publicó un número especial dedicado a “Le conflit israélo-arabe” que reflejaban los puntos de vista árabes e israelíes sobre el conflicto.¹⁵ La iniciativa tuvo una reversión en América Latina: la uruguaya *Cuadernos de Marcha* publicó dos ejemplares sucesivos sobre Israel y Palestina, compilados por Leopoldo Müller y Sophie Magariños, con intervenciones de intelectuales y militantes políticos de izquierda a cada lado.¹⁶ Como en el caso de *Les Temps Modernes*, la revista de referencia de militantes e intelectuales de izquierda conoseños desplegaba un abordaje equilibrado apelando a diversidad de posiciones y el juicio crítico y autónomo del lector.

Estas intervenciones permiten advertir cuáles eran los marcos interpretativos disponibles a escala global. Como veremos en los apartados siguientes, cuando sean abordadas los debates suscitados entre intelectuales argentinos, podremos reconocer en cuál de estas posiciones abrevaron, qué mixturas expresaban y, también, que discursos más originales formularon quienes se expresaron abiertamente frente al devenir de la Guerra de los Seis Días. No obstante, no se trata de señalar que los intelectuales argentinos actuaron “en espejo” o simplemente reprodujeron lo que sus contemporáneos europeos, sino de advertir cuáles eran alternativas circulantes para un universo de actores cuyo rasgo es, también, su inserción en redes transnacionales de producción e intercambio.

A su vez, y como puede advertirse en la periodización de las intervenciones de estos intelectuales, el debate no eclosionó tras los sucesos de junio de 1967 sino que, en algunos casos, era previo a la contienda bélica. Esta dimensión no es menor cuando abordemos su impacto en Argentina pues nos permitirá comprender de qué modo muchos de los intelectuales intervinientes tomaron posiciones,

¹⁴ Yaír Auron, *Les juifs d'extrême gauche en mai 68*, París: Albin Michel, 1998, pp. 163-212; Michael Staub, *The Jewish 1960's*, Massachusetts: Brandeis University Press, 2004, pp. 165-187.

¹⁵ *Les temps modernes*, 235 (1967).

¹⁶ *Cuadernos de Marcha*, 42 y 43 (1970).

profundizaron sus perspectivas o, simplemente, las modificaron a lo largo de la década de 1960. El antecedente inmediato a los debates suscitados durante la Guerra de los Seis Días tuvo lugar, como señala Andrés Kilstein, en enero de 1966 cuando se desarrolló en La Habana, Cuba, la Primera Conferencia Tricontinental.¹⁷ La misma reuniría a gobiernos y organizaciones de África, Asia y América Latina con el objeto de acordar lineamientos para la lucha anti-colonial y promovería la conformación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Dos de los líderes de mayor peso en el desarrollo y pronunciamientos de aquel encuentro fueron Fidel Castro, líder de la revolución cubana, y Gamal Abdel Nasser, autoridad de Egipto y una de las referencias destacadas del mundo árabe y de las revoluciones nacionalistas en el Tercer Mundo.

Los debates vinculados al conflicto árabe-israelí tendrían un lugar destacado durante el desarrollo de la Conferencia. En primer lugar, los organizadores censuraron la participación de la delegación israelí, conformada por militantes del Partido Comunista de Israel y el Comité Israelí por la Paz que reunía a diversos partidos y organizaciones sionistas de izquierda. En segundo término, la Conferencia promulgó una resolución específica sobre el conflicto –aprobada con abstenciones por parte de las delegaciones de Uruguay y Argentina y la inasistencia de la URSS– que fue condenatoria del sionismo y el Estado de Israel. En términos generales, el documento caracterizaba al sionismo como “un movimiento imperialista por naturaleza” cuyos métodos eran “racistas y fascistas”, afirmaba que la emigración de europeos a Palestina era una forma de dominación imperial–colonialista y reconocía el derecho de los palestinos a luchar por su liberación. Finalmente, condenaba la existencia del Estado de Israel y promovía su boicot a través de la ruptura de relaciones políticas y el bloqueo económico y cultural. Esta condena contra el sionismo y la reivindicación de la causa palestina sería desde entonces, como señala Kilstein, el marco de referencia para los países no-alienados, las izquierdas y los movimientos tercermundistas.¹⁸

¹⁷ Andrés Kilstein, “Intelectuales progresistas argentinos frente a la declaración sobre el conflicto árabe-israelí de la Conferencia Tricontinental de La Habana”: Emmanuel Kahan (ed.), *Israel-Palestina. Una pasión argentina*, Buenos Aires: Prometeo, 2016, p. 155.

¹⁸ Kilstein, “Intelectuales”.

El impacto de la resolución promovió una serie de intervenciones públicas por parte intelectuales y movimientos políticos, al menos en Occidente, que pondrían en cuestión la posición de la Conferencia en torno al conflicto árabe-israelí.¹⁹ En Argentina se dieron a conocer una serie de documentos en los que un amplio repertorio de actores tomaba distancia de la condena general al sionismo y el Estado de Israel. Sergio Bagú²⁰ remitiría una carta a Nueva Sión, vocero del sionismo socialista en Argentina, cuestionando la representación de Israel como una experiencia sin matices. Según el reconocido historiador, si bien su política exterior podía cuestionarse, no cabía lugar para impugnar el derecho de los judíos a tener una existencia nacional y territorial independiente. La caracterización de Israel como un satélite del imperialismo implicaba desconocer amplios sectores sociales que allí bregaban por el socialismo y a otros que desde el mundo árabe eran fieles portavoces imperiales.²¹

Una crítica de carácter similar sería hecha pública a través de un documento que reunía la firma de intelectuales, políticos, artistas y estudiantes²²:

"Dicha resolución, en lugar de criticar la política exterior prooccidental [sic] del actual gobierno de Israel, propone prácticamente la eliminación física del Estado y niega su derecho a la existencia, planteando de tal modo una identificación absurda y reaccionaria entre gobierno y pueblo, desconociendo la lucha de las fuerzas progresistas israelíes y contrariando, en su letra y espíritu, la actitud del mundo progresista que brega por la superación de los conflictos entre pueblos y

¹⁹ AAVV, Israel. Un tema para la izquierda, Buenos Aires: Nueva Sión, 1968, pp. 179-208.

²⁰ Reconocido historiador y sociólogo identificado como una de las referencias del marxismo latinoamericano.

²¹ Sergio Bagú, "Los peligros de la capacidad y la ignorancia", Nueva Sión, Buenos Aires, 11 de febrero de 1966, p. 3.

²² El documento contaba con los avales de: Movimiento de Liberación Nacional, Movimiento de Unidad Socialistas, las revistas El escarabajo de Oro, Tiempos Modernos, Actitud y Barrilete y las firmas de distintas personalidades: Gregorio Selsler, Andrés López Acotto, León Rozitchner, Ismael Viñas, Juan José Sebrelí, Bernardo Kordon, David Viñas, Abelardo Castillo, Noé Jitrik, Humberto Constantini, Arnoldo Liberman, Liliana Hecker, Víctor García Robles, Héctor Yanover, Horaci Salas, Roberto Santoro, Jorge Vazquez Santamaría, Vicente Battista, José Barzak, Norman Briski, Raúl Shrujin, Enrique Cabrerizo, Eduardo Javkin, Juan L. Ortíz, Juan José Saer, Carlos Pais, Jorge H. Conti, entre otros.

que señala la necesidad de un entendimiento común para eliminar la presencia del imperialismo. La resolución contradice los elementales objetivos de la lucha por la liberación nacional, ahonda las divergencias entre los pueblos árabe y judío y proporciona así un nuevo instrumento al imperialismo y su política de guerra".²³

Un documento de carácter similar fue producido por la izquierda uruguaya con la rúbrica de Carlos Quijano y Eduardo Galeano, directores de *Marcha* y *Época* respectivamente.²⁴ Estas expresiones resultan ilustrativas de las tensiones previas a la guerra que tendría lugar en junio de 1967 y que se profundizarían con aquella. Los días previos al inicio de la contienda bélica, cuando las noticias que llegaban desde Medio Oriente resultaban ilustrativas de la escalada y el seguro inicio de la guerra, se publicaron en los diarios *El Mundo* y *La Nación* una carta abierta suscripta por un amplio universo de intelectuales que advertía que "[A]nte la agustiosa situación que viven en el Cercano Oriente los pueblos árabes e israelí, que amenaza desencadenar en un conflicto armado" debía contemplarse el incuestionable derecho de Israel a su existencia, vehicular el diálogo entre árabes e israelíes en la búsqueda de la paz, denunciar los intereses de las grandes potencias en la región que promueven la confrontación y realizar un llamamiento para evitar la guerra entre quienes apoyaban los movimientos de liberación nacional.²⁵

Estas intervenciones mostraban el amplio universo de intelectuales interpelados así como la relevancia que la contienda árabe-israelí tuvo en el debate público. Los días posteriores a la guerra profundizaron las polémicas y, como rasgo distintivo, enfrentaron a un amplio conjunto de actores filiados en la izquierda. Como muestra Maximiliano Jozami, el Partido Comunista y aquellos ligados al trotskismo –*Política Obrera* y Partido Revolucionario de los Trabajadores– condenaron a Israel como

²³ "Manifiesto en la Argentina": AAVV, Israel, pp. 191-192.

²⁴ "Reacción de la izquierda uruguaya": *Nueva Sión*, 11 de febrero de 1966.

²⁵ La solicitada fue publicada el 2 de junio de 1967 y estaba rubricada por un amplio y numeroso conjunto de personalidades: Sergio Bagú, Gregorio Klimovsky, Ernesto Sábato, León Rozitchner, Ismael Viñas, David Viñas, José Itzigsohn, Oscar Fessler, Bernardo Verbitsky, Noe Jitrik, Gregorio Selser, Bernardo Kordon, David Stivel, Inda Ledesma, Daniel Cherniavsky, Arnoldo Liberman, César Tiempo, Jose Isacson, Pedro Orgambide, Abeladro Castillo, Humberto Constantini, Maximo Simpson, Liliana Hecker, Enrique Pichon Riviere, Carlos Fayt, Alberto Ciria, Enroque Bacigalupo, Enrique Groisman, Delia Etchverry, Juan L. Ortíz y Rodolfo Khun, entre otros.

país agresor y “peón del imperialismo estadounidense”.²⁶ A su vez, en las calles de la ciudad de Buenos Aires apareció un afiche apoyando la lucha de los pueblos árabes y condenando el carácter colonialista de Israel que se encontraba firmado por reconocidas personalidades públicas: John William Cooke, Juan Carlos Coral, Héctor Agosti, Juan José Greco, Rogelio García Lupo, Rubén Sinaí, José Goldberg y Germán Rozenmacher.

Los intelectuales argentinos frente a la Guerra de los Seis Días

Nueva Sión e Israel como un tema para la izquierda

Nueva Sión, el vocero de los sectores ligados al sionismo socialista en Argentina, tuvo una activa intervención durante el período dando a conocer posiciones de diversos intelectuales y actores políticos a escala global. Esta práctica intentó legitimar las propias posiciones de la publicación en torno de una agenda diversa de temas. Durante la Guerra del Seis Días e, incluso, durante los meses previos, Nueva Sión publicó una serie de intervenciones de reconocidas personalidades que poco tiempo después, a comienzos de 1968, reuniría en un volumen de amplia circulación: Israel, un tema para la izquierda. El ejemplar del 28 de febrero de 1968 saludaba la aparición del libro advirtiendo que correspondía “a todo hombre progresista examinar estos testimonios y documentos hasta llegar a adoptar una posición fundada y objetiva sobre el Medio Oriente” pues lo que estaba en juego era “el provenir de pueblos enteros y el avance del Medio Oriente hacia la paz y el socialismo”. A diferencia de la perspectiva equilibrada de *Les Temps Modernes* y *Cuadernos de Marcha*, este ejemplar sólo reunía opiniones favorables a Israel –aunque algunas fueran críticas de su gobierno– que cuestionaban la condena promovida desde las izquierdas acerca de su supuesto carácter pro-imperialista.

Las intervenciones reunidas en el libro comenzaron a publicarse en el ejemplar del 11 de agosto de 1967, bajo el título “Los intelectuales se pronuncian”, haciendo un reconocimiento explícito a la influencia que la iniciativa de *Les Temps Modernes* habría alcanzado. Desde Nueva

²⁶ Maximiliano Jozami, “Argentine Left Parties and the 1967 Six-Day War through the Prism of Global Networks and South-South Connections”: *Anuario De Historia De América Latina*, 56 (2019), pp. 15-41.

Sión se proponía a un amplio universo de intelectuales que se pronuncien en torno de los siguientes tópicos: ¿Cuáles son las causas que desencadenaron el conflicto?, ¿Toma Usted como ciertas estas acusaciones que determinan que la división entre el campo imperialista y anti-imperialista pasa por las fronteras que separan a Israel de sus vecinos árabes?, ¿Cuál sería una solución justa que respete los intereses de ambos pueblos? y ¿Cuál es el papel que le cabe a los intelectuales comprometidos con la vida y el progreso en estos momentos?²⁷ Los entrevistados fueron Bernardo Verbistky²⁸, Delia Etchverry²⁹, Ernesto Sábato, Abelardo Castillo³⁰, Arnoldo Liberman³¹, Bernardo Kordon³², León Rozitchner, Moises Polak, José Itzigsohn³³, José Bleger³⁴ y José Luis Romero³⁵.

Uno de los rasgos compartidos de las intervenciones realizadas por estos intelectuales argentinos era su propia inclusión en el ideario de las izquierdas y, a partir de ello, una crítica y demanda en torno a una mayor complejización del derrotero del conflicto. Como sostenía Abelardo Castillo, la responsabilidad de los intelectuales en aquella hora era la de “jugarse con su opinión aún a riesgo de no coincidir con los respetables Popes ideológicos, que reaccionan en cadena sin atreverse a romper su propia costra de dogmatismo”³⁶. Esta tensión con otros intelectuales filiados en la cultura de las izquierdas sería la tónica de las intervenciones reunidas por Nueva Sión:

“La culpa de cierta izquierda, de muchos intelectuales llamados progresistas que no supieron impedir, o alertar, con los medios a su alcance, con su poder real o su indignación o con su lucidez, este conflicto. Y que de algún modo lo fomentaron, confundiendo, maniqueamente, el Bien con los países árabes y el Mal (¡otra vez!) con los judíos. Y no solo es culpa de ellos sino también la mía, la

²⁷ “Los intelectuales se pronuncian”: Nueva Sión, 11 de septiembre de 1967, p. 2.

²⁸ Escritor, novelista.

²⁹ Pedagoga.

³⁰ Escritor y fundador de diversas revistas culturales durante el período.

³¹ Escritor y periodista.

³² Escritor.

³³ Escritor y psiquiatra.

³⁴ Psicoanalista.

³⁵ Historiador, había sido rector-interventor de la Universidad de Buenos Aires y decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1962.

³⁶ “Los intelectuales se pronuncian”, Nueva Sión, Buenos Aires: 11 de septiembre de 1967, p. 2.

nuestra, la de quienes nos opusimos a que se negara la existencia de una izquierda israelí pero fuimos impotentes para impedir la confusión, la mala fe. Aceptar la tesis árabe sobre Israel significaba, de hecho, postular la destrucción de un pueblo sin reparar que en ese pueblo hay hombres que combaten por lo mismo que nosotros; no aceptar las tesis árabes pero igual no haber podido evitar nada, es nuestra vergüenza, nuestra falta de peso en la historia, nuestra culpa”.³⁷

Como sostenían muchas de las intervenciones, el problema radicaba en la simplificación propuesta por algunas voces que sancionaban al Estado de Israel por su carácter imperialista mientras reivindicaban a los países árabes como adalides de la emancipación nacional y el socialismo. Por ejemplo, Delia Etcheverry sostendría que “era falso señalar a Israel como cuña imperialista en Medio Oriente” a la vez que “no era exacto que todos los países árabes fueran antiimperialistas (sic); ni siquiera progresistas”.³⁸ Como se ufanaban de mostrar muchas de las intervenciones, algunos de los países árabes suministraban petróleo a las grandes potencias y recibían armas de ellas. A su vez, la Guerra del Seis Días había encontrado del mismo lado a representaciones nacionales ideológicamente contrapuestas: la URSS y la España de Franco. Como señalaba Bernardo Kordon:

“Se está por la destrucción de Israel o se es pro-imperialista. El rey Feisal y el generalísimo Franco pasan a ser amigos del socialismo árabe, mientras el nombre de Jean Paul Sartre encabeza la lista negra publicada en Argelia. No interesa recordar quiénes masacraron y torturaron argelinos, sino tener presente y nunca olvidar quienes no aceptaron la destrucción de Israel. ¿Deben las izquierdas aceptar a nivel universal las incongruencias que surgen de un “socialismo” árabe que pretendió suplantar la lucha de clases con la guerra santa?”³⁹

La caracterización del contexto en el que operaba el conflicto entre Israel y los países árabes era utilizado para dar cuenta de las distancias de estos intelectuales con el gobierno de Israel⁴⁰ y, a su vez, recuperar

³⁷ Abelardo Castillo, “Todos somos responsables”: AAVV, Israel, pp. 78-80.

³⁸ Delia Etcheverry, “Nadie puede sustraerse al compromiso”: AAVV, Israel, p. 53.

³⁹ Bernardo Kordon, “Sobre Israel”: AAVV, Israel, p. 49.

⁴⁰ Por ejemplo, Bernardo Verbistky sostendría: “Y no necesito partir de que el gobierno de Israel haya si tan ecuánime como yo en todo momento. [...] Ben Gurion prefirió que su gobierno actuase como todos los gobiernos del mundo, y se sumó al juego de la política de las potencias, tomando partido”. Bernardo Verbistky, “Carta a Leónidas Barletta”: AAVV, Israel, p. 27.

experiencias disidentes en aquel país. El reconocimiento de las alianzas erráticas de Israel en el campo de la política internacional convivía con una descripción repetida acerca de la fragilidad geopolítica en la que se insertaba aquel país rodeado de vecinos que amenazaban su propia existencia.

Una de las dimensiones más significativas de las intervenciones era la percepción acerca del peligro que conllevaba para Israel –y por extensión, para los judíos– una potencial derrota en el desarrollo de la guerra. Las amenazas sostenidas por representantes árabes, en especial el líder egipcio Gamal Abdul Nasser, acerca de la imperiosa necesidad de “borrar a Israel del mapa”⁴¹ para garantizar la emancipación de los países árabes, habilitaba la identificación de esta guerra como una continuación del programa nazi en torno al exterminio de los judíos. Por ejemplo, la polémica entre Bernardo Verbitsky y Leonidas Barletta resulta ilustrativa: el escritor recriminaba al director de Propósitos⁴², una de las publicaciones culturales cuyas páginas habían promovido la crítica a Israel, que su descripción del enfrentamiento entre árabes e israelíes no reparase en el derecho de los judíos a su existencia:

“La televisión en cambio muestra ahora mismo, mientras le escribo, a enardecidas muchedumbres que en El Cairo y en Damasco vociferan pidiendo la guerra santa. Barletta, la guerra santa en 1967 [...] Esta sola expresión, la guerra santa, revela qué elementos asombrosamente extraños confluyen en esta crisis que se pretende presentar como un conflicto entre los socialistas y pacifistas árabes contra los imperialistas y belicistas de Israel. [...] Más o menos democráticos, más o menos feudales, los gobernantes árabes solo saben vociferar la amenaza de arrojar a los judíos de Israel al mar y otras variantes de la misma terminología que no han vacilado en usar– ante el silencio culpable de las demás delegaciones– en la tribuna misma de la ONU. Allí han reiterado su

⁴¹ En la polémica entre Bernardo Verbitsky y Leónidas Barletta, expresa que “Al cerrar [Egipto] el acceso al puerto vital de Eilat, pone a los israelíes en la obligación de actuar. Un corresponsal de Clarín dice hoy que ese es el plan egipcio, según lo expuesto por Nasser. Israel daría el primer golpe para forzar el bloqueo y luego ellos darían el segundo, borrando a Israel del mapa. Porque tratándose de Israel, el objetivo claramente proclamado, es siempre el mismo: borrarlo del mapa”, Verbitsky, “Carta”, p. 17.

⁴² Propósitos era un semanario cultural dirigido por Leónidas Barletta, un reconocido dramaturgo con afinidades con el Partido Comunista. Ver Horacio Tarcus, Diccionario biográfico de la izquierda argentina, Buenos Aires: Emecé, 2008, pp. 45-47.

voluntad de cometer eso que inventó Hitler y que se llama genocidio, es decir, la aniquilación en masa de un pueblo”.⁴³

Estas advertencias convivían con las nuevas representaciones sobre Israel tras la Guerra de los Seis Días. Como sostienen Lederhendler y Enzo Traverso, el resultado del enfrentamiento bélico sucedido en junio de 1967 –con una avasallante victoria militar de Israel sobre los países árabes vecinos, la conquista de territorios y Jerusalem–, promovió una modificación en las consideraciones sostenidas en torno a los judíos por su carácter débil o como víctimas protagónicas del derrotero histórico.⁴⁴ Frente a la percepción de la inevitable derrota al comienzo de la contienda y el resultado victorioso tras las fugaces maniobras desplegadas por el ejército israelí, la representación de Israel devino la de un Estado fuerte con un poderío militar significativo. Las palabras de Bernardo Kordon pueden ser muy ilustrativas en este sentido:

“La complicada dialéctica y los sencillos principios (de la izquierda tradicional) se trabaron y dejaron de funcionar en el caso de Israel: el enfermo no tiene cura y conviene matarlo. Del mismo modo que se identificaba al judaísmo con el bolcheviquismo [sic], se lo identifica ahora –con el mismo fin– con el imperialismo [...] De cualquier modo Israel debe agradecer estas y otras amenazas. Siempre se trató de inculcar a un pueblo que se enfrenta con una guerra, la noción que se debe triunfar o morir. Esta labor incumbe a la propia propaganda, pero en el caso de Israel, esta formidable fuerza que significa el convencimiento que debe vencer como única posibilidad de sobrevivir es consecuencia de la determinación y la propaganda del enemigo. Este hecho que juega a favor de Israel señala los elementos irracionales que caracterizan a una guerra santa”⁴⁵

Estas representaciones sobre el poderío israelí se constituyeron el andamiaje de una nueva narrativa sionista que consolidó la idea del Estado de Israel como garante de la seguridad de los judíos a escala global. Como muestran Idith Zertal, tras esta guerra el Estado de Israel produjo y puso en circulación una serie de dispositivos que, en su versión más estereotipada, hacían de la experiencia del Holocausto la contra-cara y justificación de su política de desarrollo militar y

⁴³ Verbistky, “Carta”, p. 18.

⁴⁴ Lederhendler (ed.), *Six Day War*, p. 11; Enzo Traverso, *El fin de la modernidad judía*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

⁴⁵ Kordon, “Israel”, p. 48.

seguridad.⁴⁶ No obstante, la intervención de Kordon permite advertir hasta qué punto esas representaciones comenzaron a circular de modo más espontáneo como fruto del propio contexto.

A diferencia desde lo que sostenían las instituciones judías ligadas al Partido Comunista, el ICUF, en función de que la alternativa para la pacificación de la región dependía de la observancia que el Estado de Israel hiciera de las resoluciones de la Organización de Naciones Unidas⁴⁷, los intelectuales abordados por Nueva Sión coincidían, mayormente, en que la paz dependería de la capacidad que árabes y judíos pudieran sentarse a negociar sin la presencia y la presión de los países hegemónicos. Esta dimensión, en la intervención de José Itzigsohn tenía como argumento la idea de que aquella zona geográfica era patria de dos pueblos y que no podría abordarse ninguna solución mientras eso no fuese aceptado. Para el autor era necesario promover el diálogo entre los sectores más progresistas de ambos lados para comenzar a discutir las propias alienaciones y la necesidad de comprender la perspectiva ajena.⁴⁸

La idea de la paz se asociaba a la construcción de una alternativa socialista tanto en Israel como en los países árabes. Mientras Abelardo Castillo señalaba que “si Israel fuera (o hubiera tenido la posibilidad de ser) socialista, no habría habido guerra”⁴⁹, Bernardo Kordon advertía: “[C]ualesquiera sean las fallas del socialismo árabe o de los movimientos marxistas israelíes, no me cabe duda que en sus respectivos desarrollos existe la única posibilidad de entendimiento futuro”.⁵⁰ Esta clave de lectura que recuperaba una dimensión

⁴⁶ Idith Zertal, *La nación y la muerte. La Shoá en el discurso y la política de Israel*, Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2010.

⁴⁷ La resolución de ONU que recuperaba el ICUF era la del regreso de Israel a las fronteras previas al desarrollo de la Guerra. Ver Emmanuel Kahan, “Progressive Jews in Argentina and the Arab-Israeli Conflict. Stances on the Six Day War (1967)”: *Latin American Perspectives*, 42: 3 (2019). Esta posición del ICUF en torno a la Guerra de los Seis Días, como señala Leonardo Senkman, generó fuertes disensos en la organización que, finalmente, llevaron a la ruptura y el origen de la Asociación Voz Libre (Fraie Schtime). Ver Leonardo Senkman, “Repercussions of the Six-Day War in the Leftist Jewish Argentine Camp. The Rise of *Fraie Schtime* 1967-1969”: Lederhendler (ed.), *Six-Day War*, pp. 167-187.

⁴⁸ José Itzigsohn, “La alienación recíproca”: AAVV, Israel, p. 87.

⁴⁹ Castillo, “Todos”, p. 77.

⁵⁰ Kordon, “Israel”, p. 50.

ideológica y programática volvía sobre las tensiones suscitadas entre los propios actores de las izquierdas en relación a este enfrentamiento. José Bleger advertía que lo que el conflicto entre árabes e israelíes evidenciaba era la “crisis del marxismo” antes que la crisis en Medio Oriente: “El mundo socialista, aún antes de la crisis última, se condujo con una total ignorancia, omisión, olvido y desprecio de las fuerzas progresistas anti-imperialistas de Israel. [...] Si la Unión Soviética tiene interés por ampliar su zona de influencia en Medio Oriente y en propulsar los movimientos de liberación del pueblo árabe, la táctica de ninguna manera puede ser la de alentar a los mismos en el exterminio de Israel y en un genocidio francamente declarado”.⁵¹

La cuestión de la paz, además, introducía un diferendo entre algunos de los intelectuales acerca de las acciones que Israel debía sostener –o no– tras la victoria en la Guerra de los Seis Días. Abelardo Castillo sostendría que

“La negativa del gobierno israelí a retirar sus tropas es, a mi ver, el único punto espinoso de este desgraciado conflicto. Lo es éticamente, al menos. Sé que puedo parecer ingenuo, pero siento una especie de malestar cuando pienso que ahora, para el pueblo árabe, los judíos son invasores. [...] Pero no puedo dejar de pensar que si la ocupación se prolonga, se transformará en un arma de doble filo. En principio, deja sentado un precedente que los generales árabes pueden recordar en una eventual batalla afortunada. Por otra parte, cambia levemente ante el mundo la imagen de Israel combatiendo por su tierra y, sea la ocupación una necesidad estratégica o no, convierte a los árabes en especie de judíos, de hombres en tren de justa reconquista”.⁵²

Esta opinión sobre la ocupación de territorios por parte de Israel y el trastocamiento de las representaciones en torno suyo y de los judíos, no escaparon a la lectura de Arnoldo Liberman quien coincidía en identificar el problema pero no la evaluación ética y sus soluciones: “[Q]uisiera recordarle a Abelardo aquello de Sartre respecto de la opción: mientras la situación no cambia, no cambia la opción. En esto la actitud israelí no puede ser otra que la tomada: mesa de paz y retiro de las tropas sobre la base de fronteras que permitan a todos los países de Medio Oriente asegurar su soberanía y una paz definitiva”.⁵³ Esta tensión constituyó una dimensión central pues sería en torno de las

⁵¹ José Bleger, “La crisis del Medio Oriente”: AAVV, Israel, p. 95.

⁵² Castillo, “Todos”, pp. 79-80.

⁵³ Arnoldo Liberman, “La comunidad del riesgo”: AAVV, Israel, p. 101.

condiciones y tiempos de la ocupación de territorios conquistados que se consolidó, desde entonces, la representación de Israel como estado colonialista.

León Rozitchner y la identidad judía

Hacia 1967 León Rozitchner era un intelectual reconocido en el espacio público. Formado en filosofía en L'École de Haute Etudes en Sciences Sociales (Sorbonne), había integrado el núcleo de redactores de la revista *Contorno*, una de las publicaciones que comenzaría, hacia fines de la década del 50', a problematizar la interpretación que intelectuales y la izquierda hacían del peronismo.⁵⁴ Como gran parte de los actores que hemos abordado, Rozitchner se manifestó en torno a las declaraciones de la Tricontinental y la fragilidad de la situación en Medio Oriente previa a la Guerra de los Seis Días: fue uno de los adherentes a las declaraciones públicas promovidas por el Movimiento de Liberación Nacional, en el que recalaban muchos de sus antiguos compañeros de ruta en *Contorno*, y también uno de los entrevistados por Nueva Sión. Hacia fines de 1967 publicó el libro "Ser judío" que sería reimpresso sucesivamente desde 1968 debido a su significativo impacto.

Su reflexión sobre la condición judía es contemporánea de la crítica a las izquierdas que realizó poco tiempo después en uno de sus textos más consagrados del período, "La izquierda sin sujeto".⁵⁵ En aquel texto la reflexión se centraba en las condiciones subjetivas en las que los sujetos podían devenir actores del cambio de la estructura social y política, criticando los determinismos económicos a los que reducían el análisis algunos intelectuales marxistas. Esta posición, como señala Michael Maidan, permite comprender cómo la cuestión judía en la obra de Rozitchner no se reducía a un debate identitario sino a las tensiones programáticas en relación al sujeto y las transformaciones en el proceso revolucionario. Se trataba de una cuestión ontológica; para el autor había una imposibilidad de escindir al individuo de su origen, al sujeto de la historia, al judío de izquierda de su punto partida.⁵⁶

⁵⁴ Terán, Nuestros; Sarlo, La batalla.

⁵⁵ León Rozitchner, "La izquierda sin sujeto": Pensamiento Crítica, 12, La Habana, enero de 1968, pp. 151-184.

⁵⁶ Michael Maidan, "Fenomenología de una experiencia judía entre Freud y Marx": Cuestiones Judaicas, 33 (2016), pp. 197-200.

En un reciente testimonio, León Rozitchner recuerda el clima que interpeló su condición de hombre de izquierda y judío que lo llevó a escribir el libro: “[E]ra el momento en que parecía que se desencadenaba el exterminio definitivo y la exclusión de los judíos de Palestina. Se venía todo abajo, ¿no? Y extrañamente la izquierda apoyaba todo eso, en la Tricontinental, por ejemplo. Y en Argentina había quienes propugnaban eso diciendo que había que echar los judíos al mar, literalmente”⁵⁷. Las consideraciones en torno a Israel y el conflicto en Medio Oriente serían parte del universo de sentidos de Rozitchner que irían modificándose con el tiempo: “Era la izquierda radical que quizás tendrían un poco de razón anticipada respecto de lo que iba a pasar después”.⁵⁸

Las intervenciones contemporáneas a la Guerra tendrían un sustrato común y, a la vez, rasgos distintivos. En primer lugar, Rozitchner inscribía sus consideraciones en el marco de reflexiones filosóficas sobre el vínculo entre lo judío e Israel. En segundo término, la entrevista en Nueva Sión tenía una perspectiva programática y política en torno a cómo resolver la tensión entre árabes y judíos, mientras que su libro ahondaba en una crítica a las posiciones de algunas izquierdas y de aquellos judíos, vinculados ideológicamente a ellas, que renunciaban a su origen étnico. En la entrevista Rozitchner partía de una situación que, a su juicio, era la parte irreductible del problema: ambas partes tenían algo de razón en sus demandas y experiencia.

“lo dramático de la situación no está dado solo por el sufrimiento que ocasiona, sino por la necesidad de afirmar los dos términos antagónicos *al mismo tiempo*: la existencia independiente de los países árabes, la existencia independiente de Israel, sin que la independencia de uno implique la aniquilación o la negación del otro. Y, sin embargo, para cada uno de ellos en este momento la lucha implica, en algún nivel, la negación del otro”.⁵⁹

Como en el resto de las entrevistas realizadas por Nueva Sión, Rozitchner cuestionaba la identificación unívoca de las izquierdas con los países árabes. Lo hacía en función de la extrañeza que le producía la

⁵⁷ Entrevista de Diego Stulwark a Leon Rozitchner, “Se puede seguir siendo judío”, 2015, disponible en [youtube.com/watch?v=cAzm6xd3e2U&t=164s](https://www.youtube.com/watch?v=cAzm6xd3e2U&t=164s) [05-10-2021].

⁵⁸ Entrevista de Diego Stulwark a Leon Rozitchner, “Se puede seguir siendo judío” (2015), disponible en: [youtube.com/watch?v=cAzm6xd3e2U&t=164s](https://www.youtube.com/watch?v=cAzm6xd3e2U&t=164s) [18-08-2021].

⁵⁹ León Rozitchner, “Reflexiones sobre la cuestión árabe-israelí”: AAVV, Israel, p. 57.

idea de que la solución al conflicto fuera la eliminación de un Estado –el de Israel– y, en consecuencia, la condena a los militantes de izquierda judíos como agentes contrarrevolucionarios por su apoyo a ese Estado. Para él, ambos pueblos se caracterizan por haber sufrido la colonización y, en tanto tales, sus reivindicaciones nacionalistas eran justas e irrenunciables. No obstante, en la medida que “cada pueblo tiene su propia peculiaridad frente al dominio a que se halla sometido”, es un deber de las izquierdas reconocer esas dimensiones singulares: los árabes son colonizados en su propia tierra y los judíos sometidos en función de ser un pueblo sin tierra.⁶⁰

Esta caracterización del conflicto entre árabes e israelíes, a juicio de Rozitchner, debía resolverse radicalizando las propias contradicciones de cada pueblo hasta alcanzar el socialismo: ambos deberían encontrar una forma de relación humana donde el imperio de la propiedad privada, expresado en la posesión (nacional) de la tierra, no determinase las relaciones entre los hombres. Si bien la salida revolucionaria y socialista era compartida, como vimos, por varios entrevistados, Rozitchner tenía en claro que aquella opción no era la única alternativa posible: los sectores con poder que operaban en aquel contexto podían promover el conflicto como un modo de regular las propias contradicciones de cada pueblo para evitar la revolución en los países árabes y acentuar el predominio imperialista en Israel.⁶¹

Luego de esta intervención León Rozitchner escribió, entre los meses de agosto y octubre de 1967, “Ser Judío”. Si bien la Guerra de los Seis Días estaba entre las causas que propician el libro –“El proceso histórico se acelera, no admite respiros, y la adecuación a lo nuevo vuelve a plantearse ahora en el enfrentamiento árabe-israelí”⁶²– su reflexión abordaría, en este caso, la relación conflictiva entre la militancia de izquierdas y la identidad judía que operaba en aquel contexto. Frente al devenir de la guerra en Medio Oriente se le pedía al judío de izquierda que renuncie a su origen, sacrificando un componente de su identidad, en función de comprender el devenir revolucionario de las luchas anti-imperialistas. Rozitchner advertía que si bien la revolución exige el “sacrificio de lo negativo”⁶³, lo judío no necesariamente debía ser

⁶⁰ Rozitchner, “Reflexiones”, pp. 60-61.

⁶¹ Rozitchner, “Reflexiones”, p. 62.

⁶² León Rozitchner, *Ser Judío*, Buenos Aires: De la Flor, [1967] 2011, p. 11.

⁶³ Rozitchner, *Ser judío*, p. 13.

concebido como una falsa pertenencia, un rasgo de la complicidad de clase.

Esta tensión sería vertebradora de sus reflexiones. Su ensayo parte de una premisa: el redescubrimiento de lo judío “en el instante del peligro”⁶⁴. La amenaza sobre la existencia de Israel reponía los miedos acerca de la aniquilación del judío y, en consecuencia, empujaba a un amplio universo de actores a indagar de qué modo se vinculaban con su origen identitario.

“¿[Q]ué tengo, en verdad, de común con los judíos? Tampoco una cultura exclusiva, que nunca bebí sola, y eso en los primeros años, y sin pasión. Ni siquiera la vaga religión en la que mis padres no han creído mucho, y que cumplían como un rito que los ligaba a los otros judíos en una misma forma de unidad y tradición. En el fondo, solo descubro un contenido diferente, una única cualidad común, y es esta pertenencia a una determinada comunidad a la que me une una misma historia en la medida en que se me refiere a ella y yo la asumo como mi ineludible condición: el formar parte de un extraño conglomerado humano, diverso, heterogéneo, plurilingüístico, plurirracial, de una pluralidad de costumbres, pero –y esto es lo que como mínimo unifica tanta dispersión– todos ellos reunidos bajo la común denominación de judíos y que, por el solo hecho de serlo, les ha valido la persecución y la muerte”.⁶⁵

Esta consideración sería central porque permitirá introducir, al menos, tres dimensiones singulares aunque entrelazadas. En primer lugar, para Rozitchner la renuncia a lo que se tiene de judío es problemática puesto que la considera como “el índice de su surgimiento al mundo, de mi toma de posición en la historia, reivindicando este índice como aquel que señala mi tránsito hacia la izquierda”. El reconocimiento de que la condición “judía” se caracterizó por “la persecución y la muerte” le permitía comprender e identificarse con otras víctimas del derrotero histórico: “Esta es la “forma” judía que adquirió mi contenido argentino, pero que por su forma –la inhumanidad de lo humano–, me liga al contenido y a la forma del obrero, del revolucionario, del hombre de izquierda”.⁶⁶

Esta constelación de subalternidades le permite advertir que había, también, cierta coherencia en el mal del mundo que hipotetiza en la fórmula “Internacional del sufrimiento”. Quienes la habitan, los

⁶⁴ Rozitchner, *Ser judío*, p. 14.

⁶⁵ Rozitchner, *Ser judío*, p. 14.

⁶⁶ Rozitchner, *Ser judío*, p. 14.

excluidos –judíos, árabes, obreros, negros y todos aquellos y aquellas que potencialmente se descubren como parte de los oprimidos– tienen como misión “destruir la inhumanidad en sus formas de relación”⁶⁷. Esta segunda dimensión –la que reúne todas las experiencias de los oprimidos–, le permite advertir, sin embargo, que lo judío era portador de un rasgo singular: a diferencia del obrero que se le niega el modo –su emancipación en tanto desposeído de los bienes de producción–, al judío se le niega en cuanto es:

“Porque, en verdad, ¿qué significa ser negado como judío? No digo que esta negación sea igual en el obrero que en el judío; ciertamente más semejante a la del negro que a la del obrero. ¿Por qué? Porque de todas las negaciones humanas, todas las cuales pueden ser idénticamente iguales por sus resultados, llevar igualmente a la persecución y la muerte, hay una que no tiene nada de común con las otras porque muestra, en quienes la ejercen y la pronuncian, un índice de la irracionalidad del mundo humano más profunda: la negación que se nos infiere no porque seamos una cualidad determinada, sino la negación que recibimos solamente por el hecho de ser”.⁶⁸

Esta tercera dimensión, que denomina “inhumanidad de lo humano”, regresa sobre la particularidad judía y el carácter criminal de quienes desde las izquierdas le piden al judío renunciar al propio origen: “Yo me niego a abandonar mi origen, simplemente porque soy mi origen, como soy mi piel y mis huesos: porque es mi esqueleto, mi anatomía cultural”.⁶⁹ Renunciar a lo judío, advierte en un juego de sentidos para aquellos judíos filiados en la izquierda, es “abandonar, en holocausto a la revolución, ese ser judío incomprensible que nos pesa y que no queremos asumir ni analizar”.⁷⁰ La idea del Holocausto rondaría como la expresión consagrada de la amenaza de exterminio que resuena en el “instante de peligro”.

La afirmación positiva del origen judío no resulta en una defensa cerrada del Estado de Israel. Al respecto, Rozitchner hace una serie de apreciaciones que contemplan su propia perspectiva de izquierda. En primer término, el texto señala en varios tramos el vínculo entre el

⁶⁷ Rozitchner, *Ser judío*, p. 22.

⁶⁸ Rozitchner, *Ser judío*, p. 23.

⁶⁹ Rozitchner, *Ser judío*, p. 23.

⁷⁰ Rozitchner, *Ser judío*, p. 21.

Estado israelí, las derechas y el imperialismo⁷¹. No obstante, e incluso cuando se manifiesta contrario a su gobierno, cuestiona las posiciones que desde la izquierda condenan la existencia de Israel sin poder advertir sus tensiones internas y las limitaciones de su inserción en Medio Oriente. Allí se advierte que la crítica desde la izquierda se queda en “la mera forma oficial” borrando toda diferencia interna: “¿No hay un millón de trabajadores en Israel? ¿No hay cien mil campesinos en granjas colectivas? ¿No hay una juventud revolucionaria?”⁷² Rozitchner rechaza la condena a la existencia del Estado de Israel a través de dos ejemplos que resultan ilustrativos. En primer lugar, cuestiona su identificación por la mera forma estatal advirtiendo que sería como si se propusiera que los argentinos en su totalidad fueran identificados con la Revolución Argentina y a los trabajadores con la CGT oficial.⁷³ En segundo término, interpela a quienes sostienen que el carácter imperial de Israel es el que impide la unidad de los países árabes en su camino hacia la realización socialista: “¿Cuba puede desarrollarse con la base de Guantánamo en su mismo territorio y los países árabes con Israel no?”⁷⁴

La defensa a la existencia del Estado de Israel que realiza la inscribe en una perspectiva programática de izquierda y contra las críticas dogmáticas de está. Para ello va a referirse a la centralidad que la nación, en sentido material, tiene como punto de partida para la emancipación nacional. Rozitchner vuelve a encontrar una distinción entre la situación del obrero y el judío: la lucha revolucionaria en aquel

⁷¹ Por ejemplo: “Israel se inscribe en el sentido del imperialismo por muchas razones, es verdad, pero lo más importante aquí es al parecer que no se deja destruir para que la unidad árabe se logre”. Rozitchner, *Ser judío*, p. 46. También: “Porque más allá de lo que este Estado de Israel puede objetivamente significar, alineado como esta -¡oh ironía de la historia judía!- en el mundo “occidental y cristiano”, más allá de su figura de derecha que reconocemos, hasta podemos conceder más aun contra Israel sin que nuestra posición se modifique: digamos que toda la argumentación que presenta a Israel como alienado en la política asesina de Estados Unidos fuese aceptable”. Rozitchner, *Ser judío*, p. 50.

⁷² Rozitchner, *Ser judío*, p. 46

⁷³ Rozitchner, *Ser judío*, p. 46. La mención a la Revolución Argentina o la Confederación General del Trabajo “oficial” eran referencias contextualizadas en relación al gobierno de la dictadura militar encabezado por el Teniente General Juan Carlos Onganía o la central sindical conducida por sectores “dialoguistas” con el poder económico y político.

⁷⁴ Rozitchner, *Ser judío*, p. 53.

está geográficamente delimitada, la tierra común es reconocida: “El ser obrero reposará siempre en la geografía de la propia patria, que no le puede ser quitada”. Para los judíos, en cambio, la situación está “más atrás aún”: “se nos niega como judíos el asiento mismo en el mundo”.⁷⁵ Esta dimensión, la afirmación de la territorialidad, conforma el argumento central de sus reflexiones en disputa con aquellos otros intelectuales judíos de izquierda que son detractores del Estado de Israel:

“Por eso, para que el judío pueda alcanzar su liberación personal tiene que alcanzar la nación geográfica como nuevo punto de partida: hay que aceptar, humanos al fin, que la tierra nos limite, hay que aceptar que nuestro cuerpo se prolongue en ella. “Ser del mundo”, “ser internacional”: bellas metáforas de izquierda, pero sin apoyo del cuerpo”.⁷⁶

La estatalización fungía como argumento en favor de historizar la experiencia judía. En este punto, polemiza con las narrativas de izquierda desde una perspectiva teórica: una vez sujetos al suelo, “apoyándose como estaban en los poros de otras naciones, quieren dejar de producir religión, quieren descender del cielo a la tierra”.⁷⁷ Para Rozitchner la creación del Estado de Israel habilitaba el tránsito de los judíos como pueblo religioso a pueblo histórico, poniendo “su reloj celeste a la hora de la historia”⁷⁸ y, en consecuencia, generando las condiciones para una futura y deseable revolución emancipatoria.

No obstante, no desconocía las particularidades del terruño en el que se afirmaba la pretensión nacional judía, habitado hasta entonces por árabes. Pero advertía que ese había sido el sitio histórico, no olvidado y anhelado de los judíos durante siglos. A su vez, se preguntaba cómo debía ser el modo de abordar una situación como esta en las que las posiciones parecían objetivar la idea de la posesión de la tierra como el modo de legitimar pertenencias: “¿Es que ya se agotó el reparto del mundo, es que ya Dios, aceptarán los de izquierda, le dio a cada uno lo suyo, y otra vez al judío, por el hecho de serlo, no le quedó nada?”.⁷⁹ Finalmente, la cuestión de la posesión de la tierra servía para

⁷⁵ Rozitchner, *Ser judío*, p. 29.

⁷⁶ Rozitchner, *Ser judío*, p. 30.

⁷⁷ Rozitchner, *Ser judío*, p. 33.

⁷⁸ Rozitchner, *Ser judío*, p. 37.

⁷⁹ Rozitchner, *Ser judío*, p. 32.

problematizar las categorías con las cuales los actores de izquierda abordaban el conflicto:

“¿Cómo no ver que al pedir el aniquilamiento del Estado de Israel sólo aceptamos como criterio de existencia de un pueblo el que haya logrado tener o no la propiedad exclusiva y heredada de la tierra? ¿Que lo pedimos, por tanto, apoyándonos todavía en categorías dependientes de un sistema de producción no socialista, no justo, contradictorio, y que sea en nombre de estas categorías que condenamos al ser errante del judío? [...] Pero que esta misma lucha, y con las mismas armas, deba proseguirse ahora frente a países socialistas que pretenden alcanzar un comunismo futuro apoyando a los árabes en su categoría de propietarios exclusivos de la tierra, ¿qué señala?, la persistencia en los mismos dirigentes de izquierda de categorías oportunistas de derecha, la imposibilidad de enfrentar con una teoría universal la comprensión de un caso que molesta, que –se dice– no entra en las categorías de comprensión revolucionadas a no ser como negación de su derecho a la tierra”.⁸⁰

Sin embargo, la necesidad histórica de afirmar a los judíos en un territorio común y legitimar al Estado de Israel no significaban una adscripción ideológica de filósofo al sionismo. Uno de los movimientos destacados en su abordaje del problema era que la defensa del Estado convivía con un distanciamiento personal del programa sionista. A diferencia de las narrativas que postulaban a Israel como el centro de la vida judía desde su creación, en 1948, Rozitchner afirmaba que su significación política había sido una solución para el propio proceso histórico que habían emprendido allí millares de judíos postergados pero que no lo era para el conjunto de los judíos. Otros, como él, que consideraba judío-argentino, habían afirmado en su país su condición judía como el punto de partida hacia su militancia de izquierda.⁸¹

El texto concluirá con un llamado de atención a quienes adscribían al sionismo socialista. Como en el comienzo de la obra, Rozitchner afirma que el abordaje del conflicto árabe-israelí era, en verdad, una de las formas de enfrentar la realidad nacional argentina. Si la Guerra de los Seis Días había despertado el descubrimiento de lo judío entre tantos jóvenes argentinos en función del peligro potencial que significaría el exterminio de Israel, estos debían aceptar que también estaban imperando otras formas de peligro en contextos más cercanos: “Queremos decir que ya no es posible descubrir el verdadero sentido de

⁸⁰ Rozitchner, *Ser judío*, p. 35.

⁸¹ Rozitchner, *Ser judío*, p. 43.

ser judío en Israel si previamente no encontramos el sentido de ser judío-argentino aquí”.⁸² El compromiso que implicaba el desarrollo de la emancipación nacional en Argentina fue repuesto por el autor como un modo de marcar distancia de las organizaciones sionistas, aún las que se auto-proclamaban socialistas y de izquierda, puesto que promovían que la solución al problema judío estaba en su asentamiento en Israel. Rozitchner cuestionaría esta concepción con la misma lógica argumentativa con la cual había criticado la demanda que se le pedía a los militantes judíos en la izquierda: no es posible ni deseable renunciar a lo que cada uno tiene de “argentino”. A juicio del autor, el programa de realización sionista como el único modo de asumir la identidad judía tenía un matiz escindido que hablaba nuevamente de la utilización del otro y no de su comprensión.⁸³

“Por eso también para los sionistas de izquierda la prueba de la realidad de su ser de izquierda e israelíes se revela en el modo de enfrentar esta realidad nacional: si se la deslinda como sacrificable o se la asume como parte de la propia. Y así como hizo el judío de izquierda, ese que abandonó todo rastro de judaísmo para pasar, inmaculado, a la revolución que le exige ese renunciamiento, ¿no estarán los sionistas de izquierda haciendo lo mismo, pero esta vez a la inversa, abandonando todo lo argentino para hacerse judíos, dejando fuera todo contenido propio referido a esta realidad que, quiéranlo o no, es por ahora, mientras están aquí, la única realidad no dividida y nacional en la que verdaderamente se participó?”.⁸⁴

El conflicto árabe-israelí a los ojos de un especialista en Defensa Nacional: Mario Ángel Pozzi

En julio de 1967, poco tiempo después de finalizada la Guerra de los Seis Días y cuando el debate sobre las condiciones del cese de las hostilidades estaba abierto, la Biblioteca de Actualización Militar del Colegio Militar de la Nación publicó un estudio a propósito de las guerras entre árabes y judíos. El trabajo, a cargo de Mario Ángel Pozzi, se adentraba en las dimensiones históricas, estratégicas y geopolíticas del conflicto en Medio Oriente. Si bien las consideraciones de Pozzi se centraban en aspectos militares, muchas de sus formulaciones estaban vinculadas o tomaban distancia de aquellas posiciones esgrimidas por los intelectuales que fueron abordados. No obstante, esta perspectiva,

⁸² Rozitchner, *Ser judío*, pp. 72-73.

⁸³ Rozitchner, *Ser judío*, p. 76.

⁸⁴ Rozitchner, *Ser judío*, p. 77.

la de la defensa nacional, resulta relevante pues constituyó uno de los aspectos centrales de los debates a escala global: cómo entender la guerra árabe-israelí en el contexto de la Guerra Fría, las disputas (históricas) coloniales en Medio Oriente y el papel de las guerras en la legitimación de un Estado nacional. En este sentido, si los intelectuales abordados hasta aquí abrevaban con las posiciones de otros pensadores reconocidos por sus trayectorias académicas y culturales, el trabajo de Pozzi se identificaba como preocupado –aunque no necesariamente imbuido– de las preocupaciones esgrimidas por Raymond Aron en torno al desarrollo de las guerras.

Mario Ángel Pozzi, nacido en Corrientes en 1910, fue miembro de la Promoción 57 del Colegio Militar de la Nación, al que había ingresado en 1927 y egresado en 1931. Revistó en Infantería e hizo el curso de Oficial del Estado Mayor alcanzado el grado de General de Brigada hasta su retiro (efectivo) en 1958. Su estudio sobre las guerras entre árabes y judíos publicado en 1967 permite advertir el vínculo sostenido con el Ejército y, más precisamente, su lugar en tanto intelectual dentro de la fuerza dedicada a la Defensa Nacional. Como sostienen Soprano y Rodríguez, la caracterización de los integrantes de las Fuerzas Armadas como profesionales de la guerra no debe ir en detrimento de comprenderlos como intelectuales del Estado. Los autores advierten que la impronta profesional no debe ceñirse solo a las dinámicas instrumentales del saber y las prácticas técnicas específicas sino atender a los sentidos vocacionales y morales de las mismas. En este sentido, Miguel Ángel Pozzi podría ser reconocido como intelectual si se trata de comprender cómo su educación, experiencia y trayectoria profesional gravitó en la definición de su perfil como quien produce conocimiento acerca de los asuntos de su *métier*: temas militares, de defensa nacional, de estrategia y seguridad internacional.⁸⁵ En este sentido, y aún cuando el análisis de Pozzi no transcurra por los mismos senderos que el de los anteriores intelectuales abordados, comparte con ellos una premisa fundamental: el análisis sobre la guerra en Medio Oriente constituye un horizonte de sentido en torno a la concepción de la política en el escenario nacional e internacional.

⁸⁵ Germán Soprano/Laura Rodríguez, “De las profesiones liberales y los intelectuales contra el Estado al estudio de los profesionales e intelectuales de Estado”: Germán Soprano/Laura Rodríguez, *Profesionales e intelectuales de Estado*, Rosario: Prohistoria, 2018, p. 50.

Uno de los rasgos característicos de este trabajo es que la dimensión histórica ocupa un lugar fundamental. El vínculo entre árabes y judíos se vio afectado por los modos en que Occidente operó en la ocupación del Medio Oriente desde el siglo XIX: el conflicto no era un hecho aislado o fortuito sino el resultado de tendencias colonialistas bajo la influencia de Inglaterra y Francia, primero, y los Estados Unidos y la Unión Soviética, después.⁸⁶ Si bien reconoce el rasgo singular del origen del sionismo, advierte que las autoridades británicas azuzaron los nacionalismos judío y árabe en Palestina para desalentar la confrontación directa con la dominación colonial. El autor sostiene que la llegada de judíos europeos a Palestina desde 1882 trastocó la configuración social, económica y política del lugar, “transformando un suelo estéril en un país progresista, emprendedor, con una democracia social avanzada y un sentido de cooperación y trabajo que, sirviendo de ejemplo a las regiones colindantes, inquietaba a las potencias imbuidas aun de sueños colonialistas”.⁸⁷

La reconstrucción del derrotero histórico del conflicto entre árabes e israelíes le permitirá comprender la guerra en curso –la de los Seis Días– y las alternativas hacia el futuro en la región. Para ello se servirá del análisis de las confrontaciones previas, las que denomina “guerras ignoradas”, y que fueron configurando las sensibilidades, representaciones, estrategias y liderazgos de ambos pueblos: las sublevaciones árabes contra los judíos de la década de 1930, la guerra de guerrillas de los judíos contra la dominación británica y la guerra de Independencia de 1948. Según Pozzi, estas confrontaciones forjaron las diferentes concepciones y formas de organización militar, social y política de cada uno de los actores que permitirían, a posteriori, entender la supremacía de los israelíes. Dos ejemplos resultan ilustrativos: las revueltas árabes contra los judíos en 1930 –que Pozzi las caracteriza como consecuencia del “Operativo Diversión”, una causa azuzada por los británicos para poner en contra a los árabes de los judíos y así distraerlos del afán de liberación nacional que comenzaba a impregnar la región– pondrían en evidencia los alcances y limitaciones de la guerra de guerrillas que duró tres años. Si bien los árabes tenían un Cuerpo de Infantería palestino-jordano y la “Legión Árabe” al mando

⁸⁶ Miguel Ángel Pozzi, *Las guerras ignoradas*, Buenos Aires: Círculo Militar, 1967, p. 7.

⁸⁷ Pozzi, *Guerras*, p. 15.

de Glubb Baja, ambas con hombres “famosos por su valentía y ferocidad” que azotaron las granjas colectivas de los judíos en Palestina, estos últimos demostraron que su forma de organización no solo era civil sino también militar. Mientras que la ofensiva de las fuerzas árabes mostraba “fracciones mal organizadas, carentes de un objetivo concreto sentimental y materialmente comprendido”, las defensas judías mostraban un “incipiente sentido de nacionalidad” que se caracterizaba por “un conocimiento a fondo del peligro a afrontar, claridad de objetivos y el valor indomable de la desesperación y una consciente renuncia de la voluntad al Jefe elegido”.⁸⁸

“[Los judíos] Perdieron centenares de hombres y mujeres y cuantiosos bienes materiales. Pero aprendieron duramente lo que muchos países no son capaces de comprender: ‘que cuando se tiene un bien, hay que tener la adecuada fuerza protectora, con un costo proporcional al tesoro espiritual y material a custodiar y una preparación práctica adecuada y eficiente, lejos de la burocracia y la declamatoria que en los momentos de acción, no ayuda, sino estorban, porque han constituido un engaño previo’”.⁸⁹

Pozzi juzgaba que estas “guerras santas” previas a la partición de Palestina (1947) y la creación del Estado de Israel (1948) resultaban, sobre todo, efectivas para la dominación colonial en la región, distractivas para los intereses árabes –que no libraron ninguna batalla contra la autoridad de ocupación– y afirmativas del precio que estaban pagando “con sangre” los judíos por vivir en aquellas tierras.⁹⁰ A su vez, el peso de la estrategia y adecuación militar al medio territorial y las limitaciones y potencialidades materiales resultaba central en su apreciación acerca de cómo se habían configurado las victorias y derrotas de los actores en pugna. Cuando analiza los pormenores de la Guerra de Independencia para Israel, por ejemplo, advierte que si bien la conformación de un conglomerado de países árabes contra el reconocimiento de Israel era una amenaza militar de gran envergadura –hay más hombres, pertrechos y capacidad material de avance sobre el territorio que el que tienen los israelíes– son los judíos quienes se alzan con la victoria:

⁸⁸ Pozzi, Guerras, p. 17.

⁸⁹ Pozzi, Guerras, p. 18.

⁹⁰ Pozzi, Guerras, p. 21.

“Bajo la amenaza permanente ya consolidada de la Destrucción, los judíos perfeccionaron el “arte de la guerrillas” y hasta le agregaron algunos fundamentos científicos. [...] Y, fundamentalmente, y esto es de suma importancia, cada agrupación y cada individuo, conoció perfectamente los objetivos, la misión general y la particularidad subsecuente, así como la responsabilidad ineludible de todos y cada uno de los combatientes y no combatientes. [...] Aceptaron como hecho consumado la realidad y, deponiendo diferencias internas, se unieron disciplinadamente bajo un Comando único”^{91v}

Ahora bien, señala Pozzi, una vez alcanzada la victoria israelí en la Guerra de Independencia, la construcción del país exigía dejar atrás “la hora del terrorismo” cercenando las pretensiones de los grupos que conformaban las milicias civiles: el Irgun (“derechista”), Stern (“izquierdista”) y Haganá (“social-democrata”): “Ahora otros hombres más realistas y flexibles tenían la palabra y debían ganar la libertad política”.⁹² El reconocimiento de la estatalidad daría otra impronta al análisis del desempeño militar de Israel en el contexto global y, específicamente, del Medio Oriente. El análisis de la Guerra del Canal de Suez (1956) y la de los Seis Días le permitirían advertir nuevas implicancias en la toma de decisiones, las opciones estratégicas y las consecuencias de los actos bélicos desarrollados. No obstante, una de las tesis del autor seguiría vigente aún tras la conquista de la Independencia: “No nos engañemos entonces ubicando el problema árabe-judío en el marco estrecho de sus territorios. En todo caso, considerémoslo como caja de resonancia de la pugna entre los intereses de las grandes potencias que aún creían en la eficacia del Colonialismo, por más que las formas aparecieran disfrazadas”.⁹³

Si bien el desarrollo de la Guerra de Independencia dio una victoria militar a Israel- que supo ampliar en el plano diplomático con el pronto reconocimiento de otros países-, Pozzi considera que las condiciones en las que se firmó el armisticio- y no en acuerdo de Paz- fueron la simiente para la prolongación del conflicto. En primer término, la negativa de los países árabes a suscribir un acuerdo de Paz y reconocer la existencia de Israel puede considerarse un “acierto político” si lo que buscaban era continuar la guerra cuando lo creyeran oportuno aunque,

⁹¹ Pozzi, Guerras, pp. 31-32.

⁹² Pozzi, Guerras, p. 57.

⁹³ Miguel Ángel Pozzi, Relámpagos en el Medio Oriente, Buenos Aires, Círculo Militar, 1967, p. 9.

“tácitamente, le reconocían el mismo derecho a Israel”.⁹⁴ No obstante, para Israel las condiciones bajo las que firmó el cese del fuego resultaban problemáticas. En primer lugar, porque daría origen a uno de los problemas estructurantes del porvenir: la cuestión de los refugiados. En segundo término, porque las presiones internacionales para concluir las hostilidades no le permitieron

“la eliminación de la faja artificial de GAZA y la entrante jordana hasta Jerusalén, tan amenazante hacia Tel Aviv (aproximadamente 40 Km): Hablando en términos crudamente militares: no debió aceptar la cesación del fuego, hasta no eliminarla. Le iba en ello la reanudación de la guerra, tarde o temprano, pues las fronteras obtenidas no resultaban lógicas”.⁹⁵

La Guerra del Canal de Suez, según Pozzi, permitió reconocer cómo las condiciones territorialmente desfavorables de Israel, rodeado de países árabes en constante amenaza sobre su propia existencia, lo conmina a ganar la iniciativa y, aún a riesgo de ser identificado como país agresor, iniciar la ofensiva contra las fuerzas egipcias. Las operaciones rápidas y temerarias, con alcances correlativos, le permitirían forzar nuevas negociaciones con sus países vecinos. Algo similar repone el autor relativo a la Guerra de los Seis Días: las acciones de velocidad relámpago –alcanzar el Canal de Suez y conquistar Jerusalén, sin dar tiempo a que las potencias intervinieran– generaban las condiciones diplomáticas del “hecho consumado”. Frente a la inacción de organismos como Naciones Unidas y otras potencias para garantizar la paz para Israel, la estrategia militar se imponía como una forma de alcanzar objetivos políticos.⁹⁶ En este sentido, las amenazas de destrucción total proferidas contra Israel por la Liga Árabe, la proclamación de la “Guerra Santa” contra Israel por parte de Nasser el 19 de mayo y el bloqueo del Golfo de Akaba con el posterior retiro de las tropas especiales de Naciones Unidas resultaron para Israel el *Casus Bellus*:

“Su precaria posición geográfica relativa, en un territorio tan reducido, constantemente amenazado y totalmente aislado por sus vecinos, le imponía a la larga, una resolución heroica, puesto que nada permitía entrever que, por las buenas, pudiera obtener la expansión mínima indispensable para subsistir como

⁹⁴ Pozzi, Relámpagos, p. 9.

⁹⁵ Pozzi, Relámpagos, p. 8.

⁹⁶ Pozzi, Relámpagos, p. 46.

nación, o las garantías para ello. Sus compromisos internacionales le impiden tomar la iniciativa y llevaba aguantando 19 años de escaramuzas [sic] e incomunicación. Al actuar Nasser de la manera descrita, se le presenta a Israel la oportunidad, no sabemos si esperada o temida, pero sí, necesaria.”⁹⁷

Finalmente, el autor consagra dos hipótesis en razón del estudio de las guerras entre árabes e israelíes desde la perspectiva de la defensa nacional. En primer término, Pozzi afirma en varios pasajes de su obra que el “éxito” de la estrategia bélica israelí se debe a que lo militar estaba supeditado a la decisión política.⁹⁸ Esta afirmación, aclara en varias ocasiones, debe ser una de las conclusiones a las que debieran llegar los “lectores militares” de su obra: “De cualquier manera, los militares deben extraer una fundamental enseñanza: hoy en día –y quizás desde siempre– conviene a los jefes responsables correlacionar sus “misiones militares” con las ocultas motivaciones políticas para ganar mayor perspectiva en el enfrentamiento real con los problemas a resolver”.⁹⁹ Esta dimensión resultaba central pues había una correspondencia entre la perspectiva militar y la construcción política del Estado nacional. En este sentido, advierte a los “lectores militares”, debe comprenderse que “la política es algo sumamente complejo, abarca infinidad de direcciones concurrentes, y no perdona improvisaciones irracionales”.¹⁰⁰

En segundo lugar, Pozzi vislumbra, tras el análisis de las hostilidades militares que tuvieron lugar desde la década de 1930 hasta la Guerra de los Seis Días, cuáles eran las alternativas para dar estabilidad o, en el mejor de los casos, alcanzar la paz en la región. Destacaba, por ejemplo, que es poco probable que Israel devuelva territorios conquistados invocando un principio elemental de seguridad¹⁰¹ pero que debía usar estos para negociar una paz definitiva, sin mediaciones, con sus adversarios que alejara las amenazas de sus fronteras: “Se nos ocurre que, en 1967, ha completado la independencia por la que luchó en 1948”.¹⁰² A diferencia de las posiciones de los otros intelectuales – aquellos analizados anteriormente–, la perspectiva de análisis que

⁹⁷ Pozzi, Relámpagos, p. 42.

⁹⁸ Pozzi, Guerras, p. 50; Pozzi, Relámpagos, pp. 17, 46, 66-67.

⁹⁹ Pozzi, Guerras, p. 50.

¹⁰⁰ Pozzi, Relámpagos, p. 19.

¹⁰¹ Pozzi, Relámpagos, p. 67.

¹⁰² Pozzi, Relámpagos, p. 68.

propone Miguel Ángel Pozzi, no impugna el hecho bélico en sí sino que lo comprende, justamente, como una de las formas para alcanzar la legitimidad política del Estado de Israel. En este sentido, no rechaza la idea de un “Gran Israel” sino que la contempla como el único medio viable para alcanzar una negociación con sus adversarios. Su perspectiva, en definitiva, no puede inscribirse en una condena moral de la guerra como la que sostuvieran quienes desde la izquierda consagrarían una lectura humanista:

“En su avance desechan capturar prisioneros en masa y dejan grandes efectivos desarmados librados a su suerte en el desierto. Para quienes afirman que hay inhumanidad en este proceder, cabe la reflexión amarga que de que: ‘No hay guerras humanas o inhumanas. Ni limpias ni sucias. Hay, simplemente, guerras, y las guerras no constituyen un don, sino un sufrimiento sin límites y una maldición hasta ahora inevitable’”.¹⁰³

Para Pozzi la guerra no sólo no era inevitable –su análisis muestra que todos los actores toman decisiones para llegar a ella– sino que es una de las formas, crueles, para dirimir objetivos de orden político. En este caso, advierte, el triunfo de Israel es una lección para Occidente que obliga a que su mando político como militar sea respetado. Esta consagración de Israel como potencia militar y Estado democrático comenzaría a formar parte, como muestran Nash y Vicente, de uno de los horizontes de identificación de sectores conservadores a escala global y, en el caso Argentino, entre intelectuales de cuño liberal-conservadores.¹⁰⁴

Algunas consideraciones finales

El amplio repertorio de voces relevadas permite reconocer la relevancia que la Guerra de los Seis Días tuvo entre un amplio conjunto de actores. Si bien el artículo se concentró en algunos intelectuales, estos se pronunciaron en razón de las posiciones que esgrimieron otros semejantes y, también, líderes políticos de izquierda. Esta dimensión quizás sea la más significativa: retomando a Eli Lederhendler podemos

¹⁰³ Pozzi, Relámpagos, p. 58.

¹⁰⁴ George Nash, *La rebelión conservadora en Estados Unidos*, Buenos Aires: GEL, 2014; Martín Vicente, “Entre el atolladero argentino y la Guerra Fría. La violencia en la óptica liberal-conservadora de El Burgés (1971-1973)”: *Cuadernos de Marte*, 19 (2020), pp. 404-438.

afirmar que aquella contienda suscitó una serie de debates y movimientos de carácter global que comenzarían a materializar un sentido connotado en torno a la representación de Israel. No obstante, como muestran las intervenciones analizadas, ese corrimiento no fue un imperativo del conjunto de los intelectuales. Un universo diversificado de voces pusieron en cuestión la identificación de Israel con el imperialismo y a los países árabes como propulsores del socialismo en Medio Oriente. Aunque ellos mismos pudieran criticar los liderazgos políticos en Israel, advertían que los cuestionamientos a la existencia misma del Estado ponían en peligro la propia subsistencia de los judíos y desconocían la posibilidad de que allí tuvieran lugar procesos de emancipación nacional. En el mismo sentido, denunciaban la lectura maniquea que los críticos de Israel efectuaban en torno al carácter progresista de los países árabes.

En este sentido, los debates abordados permiten identificar tres aspectos que resultan relevantes. En primer término, las intervenciones de los intelectuales destacaban dimensiones programáticas y conceptuales al interior de la propia izquierda como vinculadas a consideraciones en torno a la identidad judía. En este sentido, la recepción de la Guerra de los Seis Días resultaba en un acontecimiento que permitía revisar concepciones y categorías con las cuáles se pensaban las identificaciones entre dimensiones programáticas (políticas) e identitarias. En segundo término, las posiciones de los intelectuales relevados permiten advertir que sus perspectivas y sensibilidades eran compartidas por un amplio universo de actores a escala transnacional. Incluso muchas de las estrategias de intervención en el espacio público emulaban la de aquellos que participaban de los mismos debates en otros escenarios nacionales. En este sentido, esta guerra tuvo una impronta de carácter global que se conjugó, además, con el activismo y centralidad que los debates en torno al imperialismo, la emancipación nacional, la cuestión judía, el sionismo y la causa palestina tuvieron en redes intelectuales globales.

En tercer lugar, la lectura militar resultó relevante porque también se inscribía entre las alternativas de reconfiguración de sentido a escala global. El análisis de Miguel Ángel Pozzi, aunque distante programáticamente de la polémica con las izquierdas, reafirmaba como ellas la supremacía de la política, las condiciones históricas y materiales que conducían a la confrontación, la crítica a la estrategia colonial-

imperial en Medio Oriente y la necesidad de alcanzar la paz a través de un acuerdo entre los actores en pugna. Si bien la clave de lectura de un intelectual formado en la Defensa Nacional consentía que la guerra era uno de los modos que generar escenarios para solución política –como lo podía ser la revolución para las izquierdas– su perspectiva resultaba central para comprender el lugar que ocuparía Israel en el imaginario de otras agendas políticas.

Finalmente, aunque a esta altura del artículo sea una verdad de perogrullo, se podría afirmar que el estudio sobre la recepción en Argentina de uno de los episodios bélicos entre árabes e israelíes, la Guerra de los Seis Días, no constituye un análisis del conflicto en Israel/Palestina. Sin embargo, retomando las perspectivas de María Inés Tato sobre el estudio de las guerras, podríamos matizar aquel juicio.¹⁰⁵ ¿En qué sentido? En que las guerras contemporáneas –al menos desde la Gran Guerra– se desarrollan en múltiples espacios y a través de diversos soportes. No solo el teatro de operaciones configura el universo beligerante sino que los mecanismos en favor de movilizar la opinión pública a escala global poseen efectos sobre el desarrollo mismo de la guerra y las alternativas que se abren cuando el fuego cesa.

¹⁰⁵ María Inés Tato, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*, Rosario: Prohistoria, 2018, pp. 17-23.